

beis el punto en donde está el molino de un fulano de tal de esta poblacion? » Respondiéronle que sí. « Y yo tambien lo sé, les dijo; pero ¿ sabeis tambien en dónde está su campo por el lado del rio? » — « Si, padre mio, » respondieron ellos á su vez. « Y yo tambien lo sé. » Deciales esto para demostrarles que si hubiese querido buscar sus comodidades, ya era conocido en la poblacion á la que le querian llevar: « Pero, concluyo él, os doy gracias de vuestros obsequiosos ofrecimientos; pues ya sé yo proveer á mis necesidades. »

Alquilábase en tiempo de la siega como lo hacian los solitarios de Nitria, y él mismo llevaba desde Sceté á los lugares habitados las cestas que habia hecho. Encontróse una vez tan abatido bajo su carga que, no pudiendo ir más adelante y encontrándose todavia alejado del rio, sentóse en tierra y se dirigió á Dios, diciéndole con una confianza filial, como un niño que habla á su padre: « Señor, ya veis que no puedo más; » y al instante se encontró en la orilla del rio.

Otra prueba tambien de su gran mortificacion es que, cuando se le obligaba á tomar algun alivio, procuraba resarcirse de él con algun otro género de penitencia. Asi que de él se cuenta que cuando comia con los solitarios y en la comida se presentaba vino, bebia el que le ponian delante, y pasaba despues tantos dias sin beber agua cuantos eran los tragos de vino que habia bebido. Los solitarios que ignoraban su costumbre tenian mucho gusto en presentárselo, creyendo con esto sostener sus fuerzas; y él estaba más contento de recibirlo para tener luego ocasion de mortificarse más; pero habiéndose apercebido de ello su discípulo, lo dijo á los hermanos, los cuales no se atrevieron á ofrecerselo más.

Bastante se traslucia en su rostro estenuado cuán grande era el rigor de su abstinencia. Esto provenia tambien del

temor de Dios de que estaba penetrado; lo cual le hizo responder á algunos solitarios que le preguntaban porqué estaba tan flaco y demacrado: « Si ponéis leña sobre sarmientos encendidos, se consume con ellos; del mismo modo, cuando el alma está consumida, por decirlo asi, por el temor de Dios, el cuerpo lo debe estar igualmente. »

Cuanto más este gran Santo debilitaba su cuerpo con austeridades, tanto más su espíritu cobraba vigor y fuerza para elevarse á Dios. Paladio dice de él que estaba sin cesar como arrobado fuera de sí mismo, y que con más frecuencia conversaba con Dios que no pensaba en lo que pasa debajo del cielo. Tenia cuarenta años cuando fué elevado á la dignidad de sacerdote. Los Griegos en sus *Menées* dicen que se vió obligado á ello por las apremiantes instancias que le hizo el obispo, que no queria que esta lámpara quedase oculta bajo el celemin, y que esperaba santificarse él mismo imponiéndole las manos. La santidad de este nuevo caracter penetró tanto su corazon que para procurar responder mejor á él, se entregó á austeridades completamente nuevas. Dios tambien le dió desde entonces el poder de mandar á los demonios, la gracia de curar enfermedades y el espíritu de profecia. De esto daremos pruebas despues de haber dicho algo de su amor al retiro y al silencio, y de su caridad para con el prójimo.

Como su reputacion le atraia muchas visitas, halló medio de librarse de ellas abriendo con mucha pena un camino debajo de tierra desde su celda hasta una cueva que estaba apartada de ella como la mitad de un estadio. De esta manera se escondia de la vista de la gente, cuando le importunaba demasiado, salvándose por medio de este camino en aquella cueva que era muy profunda, sin que se pudiese saber en dónde estaba. Uno de sus discípulos decia despues que, mientras iba á ella, tenia costumbre de hacer veinte cuatro oraciones, y otras tantas cuando volvia.



Recomendaba el silencio á los solitarios como una de las virtudes más esenciales de su estado. Un dia en que habia despedido la asamblea de los hermanos, despues de la celebracion del santo sacrificio en la iglesia que se habia edificado en Sceté, despues del viaje que hizo para ver á San Antonio, les dijo : « Huid, hermanos míos. » — « Pero ¿ á dónde podemos huir ? le preguntó uno de ellos. ¿ Hay algun lugar mas retirado que este desierto ? » Entonces poniendo el dedo en la boca dijo . « Allí, allí hay que huir ; » y al mismo tiempo se retiró á su celda, cerró la puerta, y se quedó solo.

Para prevenirles contra los tedios de la soledad, y animarles á guardarla fielmente, citóles un ejemplo que tendia á probarles que el demonio la temía grandemente. « Una madre, deciales, trajo á mi celda á su hijo poseido por el demonio. Al llegar este niño, no queria quedarse y decia á su madre : Levantaos y vámonos. Y como ella le dijese que no podia irse, le respondió : Pues bien : ya os llevaré yo mismo. Con lo cual yo admiré la traza maliciosa que procuraba echarle de aquí. »

Casiano refiere de él una muy ingeniosa parábola de que se sirvió para inducir á un religioso á que abandonase su retiro so pretexto de ir á trabajar en las ciudades en la salvacion del prójimo ; pues esta era una tentacion de la que frecuentemente se servia el demonio para apartar á los monjes de su soledad. « Habia en una ciudad, dice el abad Macario á este religioso, un barbero muy hábil que no recibía más que tres *sols* de cada uno de aquellos á quienes arreglaba el pelo ; pero como que lo hacia á un gran número de personas, despues de haber tomado lo necesario para sus gastos, no dejaba de ahorrar todos los dias cien *sols*. Mientras hacia regularmente esta ganancia, supo que en una muy apartada ciudad, no se daba menos de un *teston* por hacerse afeitar. ¡ Tonto de mi ! dijo entonces, ¿ porqué

pierdo aqui el tiempo ? Trabajo mucho por tres *sols*, y yo puedo enriquecerme en aquella ciudad. No deliberó más ; y vendiendo todo cuanto tenia para equiparse, llegó á aquella ciudad en la que se prometia tan gran ganancia. Halló que lo que le habian dicho era verdad. Recibia tantos *testones* como personas afeitaba, y viéndose por la noche con mucho dinero, fuése muy contento al mercado para comprar con que comer ; pero todo estaba allí tan caro que para tener precisamente lo que necesitaba para vivir gastó cuanto habia ganado, sin que siquiera le quedase un *sol*.

« Cuando durante algun tiempo hubo advertido que todos los dias le sucedia lo mismo, y que esta gran ganancia muy lejos de proporcionarle medios para ahorrar alguna cosa, no le bastaba siquiera para el gasto diario, entró dentro de sí y dijo : Es necesario que vuelva á mi antiguo pueblo, y que vaya á buscar de nuevo aquella pequeña ganancia de otros tiempos, la cual, despues de haber retirado lo necesario para la vida, no dejaba de darme algunos ahorros con que algun dia pudiese sostenerme en mi vejez. Por pequeña que fuese la ganancia, sin embargo lo que de ella me quedaba, y que se aumentaba todos los dias no era poco. Veo por esperiencia que he ganado allí más sueldo á sueldo, que aqui con mis cuartas partes de escudo ; porque muy lejos de poder ahorrar, alguna cosa apenas tengo para pasar el dia.

« De la misma manera, añadía San Macario, es preferible geste pequeño fruto que continuamente recogemos en la soledad, el cual jamás es interrumpido por los estorbos del mundo, ni por los movimientos de la vanagloria ni por los cuidados del alimento quotidiano, *puesto que el justo encuentra más contento en lo poco que hace que en todas las riquezas de los pecadores*, es preferible, digo, esta ganancia, aunque pequeña, á otra mayor ; porque aun cuando la hubiéramos adquirido con la feliz conversion de muchas per-



sonas, disipariase por la necesidad de conversar con el mundo, y con las distracciones é inquietudes continuas.»

Comparando el historiador Sócrates la virtud de San Macario de Egipto y de San Macario de Alejandria, dice que eran iguales una y otra, y que la sola diferencia que en ellas se notaba es que la del de Egipto era grave, mientras que la otra era alegre y agradable en la conversacion, lo cual era más á propósito para atraer á los jóvenes á la soledad. Pero si la caridad del de Egipto era más séria, no era menos dulce y bienhechora, puesto que de él se decía que era como un Dios sobre la tierra; porque así como Dios cubre todo el mundo con su proteccion y sufre los pecados de los hombres, así este santo cubria los pecados y las faltas de sus hermanos. Él las veia como si no las hubiese visto; y oia lo que de ellas le decian como si no lo hubiese oido.

Encuétrase en la *Recoleccion de los Padres* un acto de dulzura que muestra por una parte cuánta era su caridad y que prueba igualmente la humildad de San Macario de Alejandria. Sucedió que dos solitarios de Sceté fueron acusados de haber cometido una considerable falta, por la cual San Macario de Alejandria les separó de los demás hermanos y les excomulgó. Desconcertóles tanto este rigor que formaron la resolucion de abandonar su estado y volverse al mundo. Otros solitarios fueron á dar noticia de esto á San Macario de Egipto, el cual respondió que quien les había separado así de los hermanos, habíase separado á sí mismo. Macario de Alejandria al saber esto, retiróse lleno de dolor junto á la laguna, á la que habiendo ido nuestro Santo, hallóle atravesado de mosquitos, de suerte que, movido á compasion, le dijo: « Vos habeis excomulgado á aquellos hermanos, y he ahí que están á punto de volverse al siglo; y vos al contrario os habeis metido más y más dentro de

esta soledad, como se vé á una virgen casta encerrarse más en su retiro.

« Sabed sin embargo que antes de atreverme á condenar á esos hermanos, les he hecho llamar, y me han asegurado que eran inocentes de la falta de que se les há acusado. Tened pues cuidado de no dejaros engañar otra vez por el demonio; porque vos no habeis sido testigo de su falta.

« Pedid perdon de vuestra falta humillándoos profundamente. » Entonces San Macario de Alejandria le dijo. « Os ruego, si teneis á bien, que me prescribais la penitencia que debo hacer. » Nuestro Santo, que no le habia excomulgado sino porque le amaba, y que quería hacerle entrar más pronto dentro de sí mismo, viendo su humilde docilidad, le dijo: « Pasareis tres semanas no comiendo más que una vez cada ocho dias. » Y en esto no le dió una penitencia extraordinaria, sino que se contentó con hacerle aplicar, durante este tiempo, por su falta, el ayuno que ordinariamente practicaba; pues San Macario de Alejandria no comia más que una vez por semana.

Tambien se cuenta en la misma *Recoleccion* un rasgo de dulzura que ganó para Jesucristo á un sacerdote de los ídolos, y juntamente con él á muchos paganos; y él se sirvió de este ejemplo para enseñar á los demás solitarios que algunas veces las palabras insolentes y llenas de orgullo hacen que los buenos se vuelvan malos, mientras que las palabras humildes y dulces, cambian los malos en buenos. Iba desde Sceté á la montaña de Nitria acompañado de su hermano, á quien dijo que fuese adelante. A propósito de lo cual se debe observar que era ordinariamente costumbre de los solitarios el que, cuando iban dos ó tres juntos, se separasen un poco unos de otros, para impedir que hablasen vanamente y para conservarse mejor en la presencia de Dios.

Este discípulo, pues, habiéndose adelantado á él un buen trozo de camino, encontró á un sacerdote idólatra que lle-



vaba un grueso baston en la mano y que corria como se hacia en las bacanales. Su celo poco discreto le indujo a gritarle : « ¿ A dónde corres, demonio ? » El idólatra, irritado por este apóstrofe, fuése á él y le dió tan fuertes palos que le dejó medio muerto, despues de lo cual volvió otra vez á correr. Cuando estuvo junto á San Macario, el Santo le dijo con dulzura : « Buenos dias, buenos dias ; veo que os tomáis mucho trabajo y debeis estar muy cansado. » El idólatra, admirado de su, aludo, acercóse á él y le dijo : « ¿ Qué habeis encontrado de bueno en mi para saludarme de este modo ? » — « Lo he hecho, respondióle el Santo, porque he visto que estais sumamente fatigado y no mirais que esto no os sirve de nada ». El idólatra le replicó : « Me ha movido vuestro saludo, y comprendo que sois un hombre de Dios ; pero no es lo mismo aquel malvado solitario á quien acabo de encontrar. Él se ha atrevido á injuriarme, pero yo le he hecho pagar bien caras las injurias ; porque le he dejado medio muerto. » El Santo comprendió al instante que hablaba de su discípulo ; y el idólatra, echándose á sus pies y abrazándoselos, le dijo por un efecto de la gracia que habia cambiado en aquel momento su corazon : « Yo no os dejaré que no me hayais hecho monge. » Fuéronse juntos al lugar en donde estaba su discípulo todo magullado de golpes, y llevóle á la iglesia de la montaña de Nitria porque no podia andar por sus pies. Los hermanos de Nitria quedaron grandemente sorprendidos al verle llegar con aquel sacerdote idólatra. Diéronle el hábito monástico por la relacion que les hizo de su conversion y buena vocacion, y á ejemplo suyo, muchos paganos abrazaron la fe cristiana.

No se desdeñaba de aprender la manera de practicar la virtud de aquellos mismos que estaban en la soledad mucho despues de él ; y un dia obligó á un jóven solitario, llamado Zacarias, que le dijese cuál era el deber de un monge. Zacarias admirado le dijo : » ¡ Ay, Padre mio ! ¿ vos me pre-

guntais esto á mi ? » — « Sí, hijo mio, le respondió ; Dios quiere que lo aprenda de vos. » Entonces el jóven solitario le dijo : « Paréceme, Padre mio, que aquel es verdadero monge que en todo se hace violencia. »

Tambien se refiere de él este generoso acto de caridad. Habiendo ido á la celda de un ermitaño que estaba enfermo, y que no tenía cosa alguna, le preguntó qué deseaba comer. El hermano le dijo que desearia tener alguna pequeña torta. Corrió al instante hácia Alejandria para traérsela, y volvió de allí con tanta diligencia, aun cuando no habia de andar menos de treinta leguas, segun dijimos al principio de este capítulo, que se tuvo esto por un milagro.

Portábase con los hermanos con tanto candor y simplicidad que algunos en cierta ocasion le reprocharon de ello, pero él les respondió : « Yo he pedido encarecidamente esta gracia á Dios durante doce años ? por qué quereis que renuncie á ella ? »

Hemos dicho que Dios le habia concedido el poder sobre los espíritus malignos. Su historia nos da de esto más de un ejemplo. Echábalos de los cuerpos de los posesos ; disipaba sus prestigios ; obligábales á declarar las tentaciones con que atacaban á los solitarios ; era temido de ellos, y él no les temia.

Paladio cuenta que una muger le llevó á su hijo poseido del demonio, conducido por dos hombres que le tenían atado cada uno por su lado. El espíritu maligno que habia tomado posesion de él, le volvia tan voraz que comía cada dia hasta tres grandes medidas de pan, y bebia en la misma proporcion ; y cuando su madre no tenia con que apagar su hambre, llenaba su vientre con las cosas más sucias ; pero lo que habia en esto más particular era que todo cuanto comia se le resolvia en humo que se veia salir de su estomago. Su madre desolada, suplicó al Santo que le curase con



sus oraciones, lo cual él hizo. En seguida preguntó á ella cuánto quería que comiese cada dia su hijo ; á lo cual respondió que deseaba que no comiese más que diez libras. Es demasiado replicó el Santo, y oró nuevamente por él añadiendo á su oracion un ayuno de siete dias, despues de lo cuál le puso por regla que comiese tres libras de pan cada dia y se las ganase con su trabajo.

Mirando una noche el mismo Santo hácia el camino que conducia desde el lugar de su retiro á la soledad en que moraban los otros solitarios, apareciósele el demonio bajo la figura de un hombre cubierto con un hábito de lino, pero lleno de agujeros, y en cada agujero habia una redomilla. Preguntóle á dónde iba y qué significaban todas aquellas redomas. « Voy, le respondió el fantasma, á despertar á los hermanos, y les llevo estas diferentes porciones, á fin de que si alguno no quiere de la una le presento otra que le guste ; despues de lo cual se fué, pero el santo viejo no se movió del punto y esperó continuando en mirar por el camino, si apareceria de nuevo. En efecto volvió, y el Santo le obligó á decir si habia seducido á algun solitario. « Todos vuestros monges son intratables, le dijo el demonio ; no me muestran más que dureza ; no hay uno solo que quiera seguirme. » — « ¡ Pues qué, dijo el Santo ! ¿ no tienes pues un solo amigo ? » — « Hay uno sin embargo, replicó el demonio, que me cree, y apenas me ve, se vuelve como el viento. — » « ¿ Cómo llamas tú á este ? » le preguntó el Santo. » — « Es Tehopempto, » dijo el demonio ; y desapareció al instante.

San Macario no tardó en presentarse á los solitarios, los cuales, habiendo sabido su llegada, le salieron al encuentro con ramas de palma, y cada uno preparó su celda para recibir su visita. Pero sin detenerse mucho con ellos, pidió por Tehopempto y fué á alojarse en su celda. Fué recibido por él con grandes demostraciones de respeto y alegría,

como que era el Padre comun de los solitarios ; y cuando estuvieron solos, le dijo el Santo : « Y bien, hermano mio, cómo estais ? » — « Muy bien, padre mio, por medio de vuestras oraciones, » dijo Tehopempto. — « Pero vuestros pensamientos, añadió el Santo, ¿ no os dan pena ? » Tehopempto, no atreviéndose á confesar la verdad, le dijo que no. En cuanto á mí, replicó el Santo, que he pasado ya tantos años en esta vida austera, y á quien, como veis, todo el mundo honra, no os disimularé que me veo frecuentemente atormentado por mis pensamientos. Tehopempto, animado por la humilde confesion del Santo, le replicó : « ¡ Ay Padre mio ! es necesario que os confiese que tambien los tengo yo que me dan mucha pena. » El Santo, viéndole dispuesto con sus palabras á manifestarle el estado de su alma, añadió que tambien él era tentado de diferentes pasiones ; y Tehopempto le declaró por último todo cuanto deseaba oír de su boca. Supo tambien que no ayunaba más que hasta las tres, y le dió las siguientes reglas : Ayunad hasta la noche, ocupaos mucho en el trabajo, medidad siempre algun pasage del Evangelio ó de algun otro libro de la sagrada Escritura, y cuando el demonio os sugiera en el espiritu algun mal pensamiento, levantaos siempre en alto con la oracion, y nunca mireis abajo, y Dios vendrá pronto en vuestro auxilio. » Despues que le hubo instruido así de lo que debia hacer, volvióse á su soledad.

Algun tiempo despues, presentósele el demonio como la primera vez y le repitió que iba á despertar á los hermanos. Volvió en seguida despues de haber dado vueltas al rededor de sus celdas para tentarles, y San Macario le preguntó qué tal eran. » Son, respondió el maligno espiritu, todos muy duros y muy salvajes ; pero lo peor es que el que antes me obedecia, está al presente todo mudado y cambiado, no sé por qué ; no solamente se niega á escucharme,



sino que es más intratable que los demás, muy lejos de ser como antes amigo mio. »

San Doroteo se sirve de este ejemplo para probar que nadie debe confiarse á su propia prudencia. « El demonio, dice él, que no busca sino nuestra perdicion, mira como amigos suyos á los que se guian por su propio espíritu, porque con esto cooperan á sus designios y se tienden lazos así mismos. No he conocido, añadía, casi otra causa de las caidas de estos monges que esta. Por esto cuando veais á alguno que se aparta de su estado y cae en faltas considerables, creed que este mal le sucede porque él mismo ha querido ser su guia. Nada hay, en efecto, más peligroso y pernicioso que seguir su propio espíritu y guiarse por sus propias luces. »

La intrepidez de San Macario frente por frente de los espíritus malignos era admirable. Ella prueba la grandeza de su fé y de su confianza en Jesucristo, que triunfó del infierno y ató con su pasion al príncipe de las tinieblas. Fuese una vez á Terenut, y hallándose sorprendido por la noche, entró en un sepulcro para dormir en él. Había allí muchos cadáveres de paganos, y tomó uno de ellos para que le sirviese de almohada, como si hubiese sido un manojo de juncos. Los demonios, picados al ver su seguridad, quisieronle poner miedo. Fingieron llamar al muerto sobre el cual descansaba su cabeza, diciéndole : « Fulana de tal, venid con nosotros al baño. » Y otro demonio, haciendo como que este muerto respondia por debajo del Santo, dijo : « No puedo ir allá porque tengo sobre mí un forastero. » Pero San Macario, muy lejos de espantarse, dió grandes puñetazos á aquel cuerpo, diciéndole : « Levántate, si puedes. » Entonces los demonios echaron un gran grito, diciendo : « Tu has vencido » ; y huyeron llenos de confusion.

Otra vez en que volvía muy de mañana á su celda cargado con hojas de palma que habia ido á buscar á la laguna,

apareciósele el diablo, teniendo en la mano una hoz sumamente cortante, con la cual se esforzó en pegarle ; pero habiéndole Dios quitado el poder, exclamó : « ¡ Oh Macario ! tu me has hecho sufrir una gran violencia viendo que no puedo dañarte y que me ha sido quitada la fuerza para ello, aun cuando yo realizo más perfectamente que tú las cosas que haces ; porque si tu ayunas algunas veces, yo no como nunca ; y si tu velas algunas veces, jamás el sueño cierra mis párpados. Solo hay una cosa en la que confieso, que me sobrepajas. » Con esto el Santo le preguntó cuál era esta cosa, y él le respondió : « Es tu humildad ; esta es la virtud que hace que yo no pueda nada contra tí » Con estas palabras, el Santo extendió las manos para orar, y el demonio desapareció.

No era sin razon el que este espíritu de orgullo temiese tanto la humildad de Macario ; por que este gran Santo á quien Dios habia dado tanto imperio sobre él, que practicaba tan grandes austeridades, y que brillaba en medio de los solitarios con sus dones sobrenaturales y con su eminente virtud, estaba tan distante de buscar las alabanzas de los hombres, y tenia de sí mismo una idea tan baja, que por una parte se escondia cuanto podia á los ojos de sus hermanos y no empleaba el don de milagros que Dios le habia comunicado sino en cuanto se veia obligado á ello por la compasion y la caridad, ó cuando la gloria de Dios estaba interesada en ello ; y por otra parte considerábase como el mayor pecador y vivia con un santo temor de los juicios de Dios ; lo cual le hizo confesar en cierta ocasion á unos solitarios, que no tanto eran sus ayunos los que secaban y extenuaban su cuerpo, cuanto el temor de Dios de que estaba penetrado.

Tillemont dice « que la humildad de este Santo escondió sin duda á los hombres una gran parte de las maravillas que Dios hizo por su medio ; y hasta nosotros ignora-